

CAPITULO VIII.

En plena anarquía administrativa.

Deplorable situación económica en todo el país.—Estado de pobreza del pueblo.—Disminución de empleados y de operarios en numerosas negociaciones comerciales y fabriles.—Las huelgas a la orden del día.—Estado de la Hacienda Pública según el Ing. don Toribio Esquivel Obregón.—Responsabilidades del gobierno maderista contraídas en el manejo de los fondos públicos.—Falta de unidad política del gobierno.—El Gabinete del señor Madero convertido en foco de intrigas políticas.—Disenciones entre los Secretarios de Estado Pino Suárez y Flores Magón.—El problema agrario del Estado de Morelos.—El Zapatismo brutal y sus ligas con altas personalidades del maderismo.—Complicidad de don Gustavo Madero en el crimen del taxímetro 35.—El fantasma de la intervención del Norte.—En pleno desquiciamiento.

LIBRERIA ALFONSO...
MEXICO

cer algo cierto, nos fundaremos en los datos exactos que formuló el señor ministro de Hacienda, don Toribio Esquivel Obregón, en su informe presentado a la Cámara a raíz de la toma de posesión del gobierno provisional de la República por el general Huerta.

«Debiendo ocupar—dice el señor Esquivel—de preferencia vuestra atención durante el actual período de sesiones, lo relativo al presupuesto que normará los gastos de la Hacienda Pública, he creído un deber ineludible daros exacta cuenta de la situación que guardaban los diversos ramos dependientes de la Secretaría que se me ha hecho el honor de confiarme; así mismo os informaré someramente de la marcha que han seguido los asuntos relacionados con esa Secretaría, hasta la fecha, y de lo que, en mi concepto, debe hacerse para satisfacer las apremiantes necesidades del Gobierno.

Al proceder así he sido impulsado por la más arraigada convicción de que sólo la exposición de la verdad toda, podrá ponernos en buen camino para la resolución de los difíciles problemas que se presentan; que sólo una absoluta sinceridad puede ser la base de la más buena inteligencia entre los Poderes Legislativo y Ejecutivo, por la seguridad de penetrar con la luz meridiana hasta el fondo de los hechos.

Nunca como ahora, esa buena inteligencia ha sido exigida por el bien de la patria.

Al tomar posesión de la Secretaría de Hacienda, mi primer paso fué formar un minucioso inventario en la Tesorería, y al hacerlo, supliqué al Jefe de la Contaduría Mayor de Hacienda, que depende directamente de esa H. Cámara, se sirviera acompañarme, como lo hizo, permitiéndome así dar una prueba a la Representación Nacional, de la convicción que abrigo de que todos los actos importantes de la Secretaría, deben estar bajo la mirada del legislador.

Ese inventario dejó ver una existencia en la Tesorería de: \$ 189,093.63, además las existencias del Erario en 31 de enero anterior eran de: \$ 33,078,641.64, a las que deberá agregarse \$ 1,000,000.00 aproximadamente por las cantidades existentes en todas las oficinas de las redes postal y telegráfica. Esta suma es lo que resta de las llamadas reservas del Tesoro. Y para que quede de una vez por todas entendido lo que significan y lo distante que se hallan de

constituir un fondo de previsión, del cual pueda echarse mano en caso de una erogación extraordinaria, convendrá que me detenga a analizar las partidas de que dichas existencias se componen:

Desde luego hay la suma de cinco millones de pesos de una cuenta especial al cuatro por ciento abierta por el Banco Nacional al Gobierno, y que se completa con otra por igual tipo y cantidad abierta a la Comisión de Cambios y Moneda para la compra de las acciones de las series B. y C. de la Caja de Préstamos.

En el Banco Central hay una suma de tres millones, seiscientos mil pesos en cuenta corriente al 5 (cinco) y al 3 (tres) por ciento, que en realidad no podrá retirarse de la circulación en este momento, obligando a dicha Institución a reembolsar repentinamente aquella suma al Erario.

En el Banco de París y de los Países Bajos había en la fecha indicada catorce mil quinientos veintiún pesos diez y seis centavos, y en el Banco de Inglaterra doscientos cincuenta y tres mil ochocientos veintidós pesos cincuenta centavos, ambas partidas apenas suficientes para los fines a que esas cantidades se consagraban.

En poder de la Agencia Financiera de México en Londres había la suma de trescientos veintinueve mil novecientos doce pesos treinta centavos, agotada al comenzar la nueva Administración, y ha sido necesario situar oportunamente todos los fondos requeridos por el servicio de la Deuda y para el pago de diversos compromisos anteriormente contraídos.

Diez y ocho millones ochocientos veintiún mil ochocientos veintinueve pesos cuarenta y tres centavos formaban en junio de 1912 el fondo regulador de la Comisión de Cambios y Moneda, del cual es absolutamente imposible disponer. El resto de dichas existencias se compone de partidas acumuladas en diversas oficinas públicas para las más imprescindibles necesidades del servicio, y solamente se ve como cantidades efectivamente disponibles para los gastos aprobados por el Congreso la existencia en la Tesorería, que ya antes mencioné y el saldo a favor del Erario de la Cuenta Corriente que se lleva con el Banco Nacional y cuya data está compuesta de los saldos mensuales por concentración de fondos de las diversas oficinas recaudadoras. Ese saldo en 31 de enero de 1913, era de \$ 864,524.48.

Lo que de este saldo quedaba en 20 de febrero y los... \$189,098.63 existentes en la Tesorería, era lo único real y positivamente disponible cuando el actual gobierno comenzó sus operaciones.

«Va adjunta una copia del Corte de Caja practicado el 21 de febrero del año en curso, en la Tesorería de la Federación, y otra del estado de las existencias en 13 de enero último.»

Además de la autorización general del presupuesto, el Congreso dió otras autorizaciones, como sigue:

La de 12 de abril, ampliada en 31 de mayo de 1911, por... \$ 14,000,000.00 enteramente agotada, en 30 de junio de

1912; La de 7 de diciembre de 1911 también por... 20,000,000.00

de la cual quedaba un saldo en 30 de junio de... 14,275,397.46

En virtud de esta autorización de 7 de mayo y de la facultad expresa que en el mismo Decreto se dió al Ejecutivo para contratar un empréstito de VEINTE MILLONES DE PESOS, se celebró en cinco de junio un convenio con la Casa Stryer y Co. de Nueva York, por la expresada suma al tipo de interés de cuatro y medio por ciento, cantidad que debe de pagarse el día diez de junio del año en curso, habiendo la obligación de tener el dinero en Nueva York dos semanas antes, o sea el día 25 de mayo. De ese empréstito, quedaban en 30 de junio, como ya se dijo, solamente \$ 14,275,397.46.

Finalmente en 30 de octubre se dió una nueva autorización al gobierno para gastar en la pacificación del país hasta la suma de \$ 20,000,000.00 más, contratando al efecto un nuevo empréstito o tomándolos de las existencias que había en el Tesoro. El gobierno optó por este segundo medio.

En 20 de febrero último los saldos aparentes que arrojaban esas autorizaciones eran de \$18,573.42 la de 7 de mayo, y de \$ 1,947,861.41 la del 30 de octubre, y digo que eran saldos aparentes, porque aun no se corrían ni se corren todos los asientos procedentes de pagos hechos por las Jefaturas de Hacienda y demás oficinas pagadoras foráneas; pero conjeturado por los promedios de los meses

ya transcurridos, puede inferirse que las autorizaciones no sólo estaban ya agotadas, sino excedidas. Sin embargo, se han seguido haciendo con cargo a las mismas los gastos relativos a los cuerpos rurales e irregulares, los de licenciamientos, los de los nuevos cuerpos formados con los revolucionarios sometidos al gobierno y los demás encaminados a la pacificación del país.

De lo dicho se infiere que en los meses transcurridos de julio a febrero inclusive, o sea en dos terceras partes del año fiscal, se gastaron \$ 35,000,000.00., además de lo normal del presupuesto.»

* * *
«Paso a ocuparme de las responsabilidades, contraídas en el manejo de los fondos públicos.»

De ninguna manera es mi propósito, al tratar de este delicado asunto, que mis declaraciones ante esta H. Asamblea y la publicación de algunos pormenores relativos sean ocasión para fomentar la exaltación de los espíritus ni de que se crea que el gobierno actual quiere poner un paréntesis en su labor de concordia y de confraternidad a que ha invitado gustoso a todos los mexicanos, sin distinción de partidos y sin reminiscencias que puedan reproducir los rencores; pero me veo obligado a hacer estas declaraciones, por un imprescindible deber y por considerar como un derecho la exigencia de la opinión pública que desea saber a toda costa la intensidad de las pérdidas sufridas por el Tesoro Público y la mayor o menor pureza y acierto que haya habido en el manejo de los fondos.

Ojalá que al satisfacer esta justa necesidad, pueda el pueblo sacar como conclusión moral lo desastroso que es para un país el estado revolucionario, en el cual no se hace otra cosa más que perder las vidas, menoscabar los intereses y retroceder en el camino de la cultura.»

* * *
«Con anterioridad al año fiscal de 1910-1911 las cuentas de responsabilidades por falta de justificación o comprobación, por cantidades reintegrables en efectivo, oscilaban

entre trescientos y cuatrocientos mil pesos. En el año fiscal mencionado el saldo de esas cuentas subió rápidamente al doble, importando \$995,521.76, y ese saldo en 30 de junio de 1912 subió a \$ 19,001,951.34.

Posteriormente se han hecho abonos a esas responsabilidades por valor de \$ 1,200,852.28, y en virtud de las cuentas recibidas después y que se hallan pendientes de glosa, es probable que puedan abonarse \$ 4,360,291.93, quedando siempre por saldo de las repetidas responsabilidades la cuantiosa cifra de \$ 13,440,807.13 que la Secretaría pone en la actualidad todo empeño por recabar hasta donde fuere posible.

No todas esas responsabilidades son de carácter penal, pues que entre ellas hay un número considerable que se explica por falta de documentos comprobantes, ya sea porque no se supieran recabar o porque se perdieron a causa de las emergencias revolucionarias, otras provienen de ocupaciones de fondos por los jefes rebeldes, de defección forzada de pagadores o de muerte de habilitados en campaña.

La forma global con que se concedió la autorización de gastar VEINTE MILLONES DE PESOS en 30 de octubre de 1912, hace que en muchos casos los gastos hechos con cargo a la misma se escapen de la censura, pues sin salir de los términos de esa licencia, pudo disponerse de sumas considerables sin la conveniente especificación; por otra parte, la circunstancia de pagarse con cargo a dicho decreto las fuerzas irregulares que se encontraban dispersas en destacamentos muchas veces muy distantes unos de otros, hacía que fuera muy difícil el control de la Tesorería, y tal vez esa dificultad persistirá algún tiempo a pesar de todos los esfuerzos que se hacen para lograr la concentración posible dentro de las exigencias del servicio.

Presento por separado una noticia del movimiento habido hasta la fecha en las diversas cuentas de responsabilidad, y un memorándum que comprende el extracto de las balanzas de dichas cuentas y nota de las responsabilidades más voluminosas hasta el 30 de junio próximo anterior; ambos documentos serán publicados juntamente con algunos otros que la opinión ha exigido conocer con todo detalle.

*
* *

Como se vé, al ocuparse de las responsabilidades por malos manejos de fondos, contraídas por el gobierno anterior, el señor Ministro de Hacienda trata bondadosamente de disculpar a los funcionarios culpables, aunque inútilmente, pues las cifras que presenta son una prueba evidente de que era verdad lo que todos sospechaban, es decir, que el gobierno maderista dilapidó infamemente los dineros de la nación, algunas veces con el pretexto de la pacificación: ese tonel de las Danaides; y otras sin comprobante alguno que justificara el gasto.

Todavía no se han desentrañado todos los pecadillos de los hombres llevados al poder por la Revolución de 1910, pero esperamos que con el tiempo, vendremos al conocimiento de que tan funesto gobierno, como dijo el señor Flores Magón, tenía marcadas tendencias financieras.....

*
* *

Con la entrada del señor Pino Suárez al gabinete del señor Madero, el gobierno que, como decimos en anteriores capítulos, estaba políticamente dividido, fué más derecho al desastre, puesto que, desde entonces, los ministros atendieron más que a la buena marcha de los respectivos ramos de la administración, puestos bajo su encargo, al logro de su preponderancia sobre el señor Madero.

Desde luego, el señor Flores Magón, enemigo jurado del Partido Constitucional Progresista, hubo de ponerse en guardia contra las intrigas del Ministro de Instrucción, quien ponía todas sus influencias en juego, buscando como finalidad, la caída del Secretario de Gobernación.

Y lo que sucedía entre estos dos señores, se repitió con algunos otros, provocando crisis ministeriales a cada momento.

Por fin, a últimas fechas, el señor Flores Magón fué vencido por sus enemigos y puesto por el Presidente Madero en la disyuntiva de encargarse de la Cartera de Fomento o abandonar el Gabinete.

El ministro en desgracia optó por lo segundo y dejó su puesto, no sin lanzar tremendos cargos contra el señor Pino Suárez y el señor Gustavo A. Madero, a quienes culpó de muchas irregularidades.

Con tales relajaciones en el seno del gobierno, la falta de unidad en su orientación política fué completa, creciendo la desorganización y aumentando los errores.

Por lo demás, las complacencias del Presidente Madero y la rapacidad de algunos de sus familiares llegaba hasta el último término, provocando las críticas más acerbas y los ataques más rudos.

Por esto, ni el clamoreo de la opinión pública obró benéficamente en el ánimo del señor Madero y de los suyos, que continuaban sus desaciertos sin escrúpulos, firmes en su lema de «libertad sin paz» y dispuestos a envolver el cadáver de la patria en la mortaja de sus insaciables ambiciones.

*
* *

Mucho se ha escrito sobre lo que algunos han dado en llamar «problema zapatista.» Sin embargo, todos han coincidido en este punto, a nuestro entender, completamente erróneo: que el zapatismo encarna la urgente resolución del problema agrario.

Efectivamente, es muy posible que haya inculcado el zapatismo esa triste condición en que los peones de campo se agotan en medio de un trato inhumano y soportando rudas faenas mal remuneradas; también es probable que permanezca latente en esos vándalos un deseo de futuro mejoramiento económico, obtenido por una mejor división de las propiedades; pero nosotros nos inclinamos a creer que lo que mueve a los alzados de Morelos a proseguir en su labor regresiva, son los apetitos morbosos de pillaje y de latrocinio, despertados y aguijoneados en esos individuos incultos, por el incentivo de sus propias hazañas y por la impunidad que los protege.

Su humilde condición de peones, trocada de improviso en la opulencia del bandalero; su miserable actitud de siervos, cambiada de la noche a la mañana en la de poderosos;

su estulticia, sobreponiéndose al saber; su calidad de clase íntima, sobrepasando a la burguesía, todo este cambio brusco que los eleva de los bajos fondos de miseria en que viven hasta una posición de árbitros y señores, es y seguirá siendo la causa principal de ese movimiento disolvente y brutal.

No es la resolución del complejo problema agrario—que necesita de mucho tiempo para resolverse—lo que vendría a sofocar ese bandolerismo en gran escala que infesta las regiones del Sur, sino las medidas enérgicas que en tiempo del general Díaz puso en práctica el coronel Alarcón.

De otra forma se irá siempre al fracaso, pues nunca será efectiva y completa la rendición de tan numerosos individuos que están contentos y hasta satisfechos con su vida de peligros y de desorden.

Ahora bien, para reducir al orden a los zapatistas ¿qué hizo el gobierno maderista?

Usó al principio de expedientes conciliatorios; más tarde se mostró inflexible y severo, quemando poblados y fusilando sin reparo, y finalmente no se preocupó más del asunto, declarando, por boca del señor general Angeles, que el zapatismo no existía.

Esta miopía oficial que negaba la existencia de un peligro patente, dió motivo, y con justicia, a los más rudos reproches de la prensa y de todas las personas sensatas del país.

Pero a pesar de la unánime protesta, el gobierno seguía impasible, y continuaron los desmanes de las hordas capitaneadas por el Atila suriano.

Y todavía hoy, al recuerdo de los monstruosos atentados cometidos por las turbas demoníacas, bien en las poblaciones que cayeron en sus manos, bien en los asaltos a los trenes, como en la Cima y Ticumán, se siente renacer la indignación, y un anhelo de justicia brota de todas las conciencias. Revive en nuestros ánimos el horror por todos los salvajismos de aquellas hecatombes donde fueron sujetos a todas las mutilaciones y a todas las mancillas los cuerpos de las víctimas, sin distinción de sexos ni de edades, sin consideración y sin escrúpulo. Hasta los cadáveres sufrieron la profanación de aquellos chacales que se complacían en extraer los ojos y cortar las partes más nobles de quienes sucumbieron a sus manos.

En una de esas jornadas sangrientas, donde se registra-

ron las ferocidades más inauditas, cayeron sacrificados dos poriodistas, corresponsales de guerra, conocidos, Ignacio Herrerías y Humberto Straus. El clamor de las cóleras nacionales que se levantó con ocasión de tales crímenes, fué inmenso, pero todo resultó inútil, pues los zapatistas continuaron tranquilamente por el trágico sendero de sus propensiones criminales dejando una estela de muerte y de dolor....

*
* *

La actitud del gobierno, solapando el zapatismo, no obstante los excesos a que se entregaron los rebeldes surianos, parece que ha venido a explicarse posteriormente.

En efecto, la administración pasada, no solamente no persiguió a los zapatistas como ya hemos dicho, sino que fomentó el movimiento, sin duda para obtener las utilidades que proporcionaban los llamados gastos de guerra y pacificación. (1)

Algunos pudieran creer que es aventurada nuestra opinión, pero los hechos se han encargado de hablar claro pues entre los documentos que se recogieron a don Gustavo Madero poco después de su aprehensión se encontraron algunos que probaban la complicidad directa de dicho señor, en el misterioso crimen del Taxímetro 35, que de manera tan honda conmovió a la sociedad. Por lo que se desprendía de los citados documentos, se había llevado cierta cantidad de parque a los enviados de Zapata, y para evitar escándalos, se dió muerte a los únicos testigos: el chauffer y su ayudante. Y por si esto no basta, hablan bastante en apoyo de nuestro aserto, los hechos que seguidamente referimos: En los carros de un tren tiroteado por los zapatistas se recogieron casquillos de proyectiles que provenían de los almacenes del Ejército, y que eran de un tipo nuevo, de los que aún no se distribuían a las tropas de la Federación. Además, uno de los cabecillas, por una mera bravata, llamó a un federal para indicarle "que el gobierno también a ellos les proporcionaba pertrechos."

(1) Más adelante, al tratar del viaje del señor Madero a Cuernavaca, en uno de los días de la semana trágica, hablaremos de otros de los fines que persiguió el maderismo, fomentando el zapatismo en Morelos.

Era en verdad bochornoso que un gobierno llegara a tales extremos, solamente por su desmedido afán de lucrar.

*
* *

Toda esta serie de procedimientos torcidos y de inclinaciones malsanas, aumentaron el descontente creciente en todas las clases populares.

Y mientras por los Estados la revolución se encrespaba, amenazando con envolverlo todo, en la capital, la prensa, en panfletos llenos de virilidad, lanzaba acusaciones tremendas contra el régimen frncionante, y en las Cámaras, las discusiones eran ardentísimas, llegando a veces al insulto.

Nunca, como en las postrimerías del maderismo, se creyó tanto en que los Estados Unidos intervendrían en nuestros asuntos interiores. Y era natural. La revolución había alcanzado a gran parte de la República y numerosas propiedades americanas sufrieron asaltos de bandoleros. En algunos casos, los residentes americanos fueron asesinadas infamemente, y en buen número de ocasiones, partidas rebeldes invadieron los Estados Unidos con el objeto de robar caballos y proteger la introducción de contrabandos de guerra.

La repetición constante de hechos como los que acabamos de citar, estaban a punto de motivar la intervención, y fué menester que el Ministro Lascurain saliera a tratar el asunto con Mr. Taft, dando seguridades de un pronto restablecimiento de la paz. Con esto, el gobierno no hacía más que retardar el golpe, si atendemos a la circunstancia de que ya era impotente para afrontar la situación.

La anarquía tocaba a nuestras puertas y no había manera de lograr ni siquiera un mediano mejoramiento, cuando los hombres del poder sólo mostraban aptitud para procurarse bienes personales, sin dedicar su atención a los grandes cánceres que nos consumían.

Ere tal el desbarajuste administrativo, y alcanzaban un radio de acción tan amplio los errores del maderismo, que el desquiciamiento parecía evidente. Sólo que aquel gobierno, ya en vísperas de derrumbarse, se afanzaba a nuestra Patria, amenazando arrastrarla en su caída....

CAPITULO IX.

Levantamiento del brigadier Félix Díaz en Veracruz.

Levantamiento del brigadier Félix Díaz en Veracruz.

Una nueva facción rebelde, provocada por los desaciertos del maderismo.—Proclama revolucionaria.—La noticia en México del levantamiento felicista.—El primer puerto de la República en poder de don Félix Díaz.—Los optimismos del señor Madero.—Opiniones del Lic. Flores Magón, sobre la personalidad de don Félix y sobre el levantamiento felicista.—Los elementos de la nueva revolución.—Cómo fué la toma de la plaza.—Rectificaciones históricas.

El levantamiento del brigadier Félix Díaz en Veracruz, que tuvo lugar el 19 de febrero de 1913, fue el resultado de una serie de circunstancias que se venían gestando desde hacía tiempo. El maderismo, que había gobernado a México durante casi dos años, se había convertido en un régimen cada vez más impopular debido a sus errores de política exterior y a su falta de eficacia en la administración interior. La crisis económica que sufría el país, agravada por la intervención norteamericana, había generado un clima de descontento generalizado. En este contexto, el brigadier Félix Díaz, jefe de las fuerzas revolucionarias en Veracruz, aprovechó una oportunidad favorable para declarar la independencia de Veracruz el 19 de febrero de 1913. Este acto fue respaldado por una gran parte de la población veracruzana y por algunos sectores de la prensa y la política nacional. La noticia del levantamiento se difundió rápidamente por todo el país, generando un gran interés y expectativa. Sin embargo, el gobierno de Madero se mostró inicialmente optimista y esperó que el levantamiento fuera un simple episodio que se resolvería pronto. Sin embargo, la situación se complicó cuando el ejército federal, liderado por el general Huerta, se movilizó para reprimir el levantamiento. Esto llevó a una serie de combates que culminaron con la caída de Madero y la toma del poder por Huerta. El levantamiento felicista se convirtió así en un punto de inflexión en la historia de México, marcando el fin del maderismo y el inicio de una nueva etapa de inestabilidad política.

CAPITULO IX

Levantamiento del brigadier Félix Díaz en Veracruz

Este levantamiento del brigadier Díaz en Veracruz...

Vertical text on the left margin of the left page.

...destruyeron que habían de detenerlo en no lejano día...

CAPITULO IX

Levantamiento del brigadier Félix Díaz en Veracruz.



Legado el país por la senda de los desaciertos y de la falta de honradez política y administrativa del gobierno maderista, al triste estado de disolución que hemos descrito a grandes plumadas en las páginas anteriores de este libro; exhaustas totalmente las arcas federales, cuyos tesoros, tomados sin el menor escrúpulo, sólo habían servido para enriquecer en unos cuantos meses a los prohombres del llamado «nuevo régimen»; pesando sobre la Nación muy serios compromisos pecuniarios, contraídos en el extranjero; perdido nuestro crédito exterior y amenazada seriamente nuestra integridad nacional por la intervención armada de los Estados Unidos del Norte, que en el transcurso del desastroso gobierno del señor Madero estuvo muchas veces a punto de estallar, ¿qué de extraño tenía que un nuevo movimiento revolucionario se levantara airado con el propósito de venir a echar por tierra la in-moral administración de unos cuantos ineptos, que cada día le provocaban nuevos conflictos a la patria y la hundían cada día más en el desprestigio y en la ruina?

El mismo gobierno aquél, desacertado y torpe, en colaboración fatídica con el Partido Constitucional Progresista

Vertical text on the right margin of the right page.

y desde su primer momento la labor gubernamental, había venido acumulando en torno suyo, con sus monstruosos procedimientos de la más absurda demagogia, las fuerzas destructoras que habían de derrocarlo en no lejano día, y obedeciendo, así, a una necesidad imperiosa de la Nación que clamaba angustiadamente por la paz; paz tanto más querida cuanto más lejos de recuperarse, que el maderismo le había arrebatado para saciar bastardas ambiciones, y que era impotente ahora para devolverle, surgió, como un anhelo, la revolución felicista en Veracruz, trayendo envuelta en los pliegues de su bandera una consoladora promesa de paz y de justicia, que venía a responder a la aspiración más grande, más noble y más profundamente arraigada en el alma de la colectividad mexicana.

Conozcamos antes de entrar en la narración de este nuevo movimiento armado, llevado a efecto principalmente por elementos militares de nuestro ejército, las razones en que se apoyó, y las cuales agruparon prontamente bajo una misma bandera e identificaron en un mismo y supremo ideal, a los sedientos de orden y de bienestar nacionales.

Estas razones quedaban consignadas en el Manifiesto que el brigadier Félix Díaz, jefe del nuevo levantamiento, dirigía a la nación inmediatamente después de haber tomado las armas desconociendo el gobierno del señor Madero, y el cual trasladamos íntegro:

«Mexicanos: En momentos de suprema angustia para la patria, vengo a elevar mi voz para pedir ayuda a todos los hombres de buena voluntad, deseosos de contribuir a que renazca entre nosotros una era de paz y de concordia.

No es posible soportar ya en silencio tantos males como ha originado y sigue causando a la República la nefasta administración surgida del movimiento revolucionario de 1910.

Retirada ya la careta de democracia y altruismo que utilizó para engañar villanamente al pueblo, arrastrándolo a un movimiento armado, se ostenta ahora cínicamente, la verdadera faz del hombre que sin derecho alguno, por haber sido otra la verdadera alma de la revolución, se proclamó a sí mismo caudillo de ella y se encumbró favorecido por un momento de locura nacional, y esa verdadera faz es la de un ente ávido de riquezas para sí y para su numerosísima familia; sin dote alguno de hombre de gobierno; cruel

y sanguinario como todo ser débil y pusilánime y haciendo dudar hasta del estado de su razón al ver la inconsciencia con que guarda la respetabilidad del alto puesto que ocupa.

Incendio, saqueo y matanza, son las armas de que el gobierno actual se vale, no para defenderse de agresiones, sino para acallar las voces de sus mismos ex-partidarios que le gritan: ¡cumple tus promesas!... Y matanza, saqueo é incendio, es la represalia que ejercen los burlados, los que en el colmo de la rabia, por la impotencia de la razón de sus quejas, ya no se les deja otro camino que el de morir luchando con las armas en la mano para no perecer cazados como fieras salvajes, sobre las cenizas de sus pueblos arrasados y los cadáveres de sus hermanas, hijos, esposas y madres sacrificadas inútil e ignominiosamente.

Que se sepa por todos, que no quede lugar a duda: la revolución actual no es sino la insubordinación provocada, exigida por el más cruel abuso de autoridad, por el que atenta no sólo a la propiedad, sino a la honra y a la vida... la que absuelven hasta las terribles leyes militares.

Es necesario, pues, para que la vida de la República sea la próspera y feliz que se merece, hacer un supremo esfuerzo y destruir el mal en su origen, quitando el poder a las manos ineptas y sanguinarias que de él abusan.

Para tan noble fin es para lo que voy a jugar mi vida y la de los valientes que se han agrupado a mi alrededor; si morimos, será con la satisfacción de haber intentado el bien de la patria; si el triunfo nos favorece, el Gobierno Provisional que instituiremos lo integrarán personalidades de reconocida probidad, inteligencia y prestigio, sin distinción, por motivo de filiación política o creencias; y ese gobierno trabajará sin descanso por realizar el ideal inscrito en la bandera de rebelión que ahora enarboló: «imponer la paz por medio de la justicia.»

Vuelto el país al orden se convocará a elecciones, y será respetado y sostenido el mandato popular sobre la base por todos ambicionada y ahora vilmente escarnecida, de libre sufragio y no reelección, prometiendo solemnemente que no se repetirá la burla cruel de una falsa elección, como la fraudulenta, y de ningún valor legal por consiguiente, que cubrió la vacante vicepresidencial.

Noble Ejército, al cual desde mi juventud he tenido la honra de pertenecer y del cual acabo de sufrir el dolor de separarme como una protesta enérgica de que sean nuestros iguales y hasta nuestros superiores, criminales tomados de las gradas del patíbulo (1) aventureros extranjeros o simples parientes del mandatario; camaradas míos, especialmente vosotros, mis hermanos, los hijos del glorioso Colegio Militar: la disciplina tiene como límite, según claramente lo expresé ante las autoridades supremas que regían el país el 21 de agosto de 1909, en el discurso que pronuncié en esa fecha con motivo de la clausura de nuestra Asociación, la disciplina, repito, tiene como límite el bien supremo de la patria, y las armas que os ha entregado la Nación para su defensa, las ha transformado el actual gobierno en hachas de verdugo para imponer su tiranía. Os convoco a uniros con nosotros para hacer la obra de Justicia.

Buenos hijos de la actual revolución, agrupémonos para que nuestra acción sea más eficaz; os ofrezco junto con mi vida, mi nombre, que os aseguro irá siempre por el camino del patriotismo y del honor.

Mexicanos todos, prestadme vuestro contingente material para la obra de aseguramiento de paz que emprendo con la guerra. No me presento ante vosotros con promesas de bienes imposibles de cumplir, ni apelo a engaños para sorprender vuestra buena fé, como infamemente lo hicieron los hombres de la anterior revolución; sólo prometí paz; sólo trabajaré y lucharé por la paz, y cuando éste sea un hecho, por eliminación de los que a guerra provocan para beneficiarse con las arcas del Tesoro Público, entre los ríos de sangre de sus compatriotas, veréis cómo a su beneficio y dentro del imperio de la justicia, todos los bienes materiales, todos los ejercicios de libertades vendrán por sí solos, como fruto natural de esa paz y del orden en el trabajo, dentro de una serena e imparcial justicia para todos.

Que nuestro lema es el que aquí estampo con mi firma:
«Paz y Justicia.»

FELIX DIAZ.

(1) El bandolero Francisco Villa, prófugo de la cárcel de Chihuahua, en donde extinguía una condena por los delitos de robo y homicidio, recibió el grado de brigadier honorario del ejército, por orden del Presidente Madero, como ya hemos visto en uno de los capítulos de este libro.



Destrozos causados por la artillería felicista en la calle de Aranda.
Decena sangrienta del 9 al 18 de febrero de 1913

* * *

Coincidiendo casi con la publicación del anterior manifiesto, circuló profusamente en Veracruz el 16 de octubre de 1912, fecha en que, como veremos después, se apoderaba de aquella plaza el expresado brigadier Díaz, la siguiente proclama:

«Al pueblo de Veracruz:

En las proclamas generales que oportunamente circularán aquí, como están ya circulando en toda la República, detallo ampliamente los fines que persigo al pretender el derrocamiento del actual régimen de gobierno que lleva a la patria, a pasos agigantados, a la completa ruina y absoluto desprestigio.

Bástame, por ahora, decir que persigo dos fines principales: primero, establecer la paz, la paz de que tan ansiosos estamos todos, por estar convencidos de que es y debe ser la suprema aspiración nacional; que cese ya ese horrible derramamiento de sangre de la lucha de hermanos contra hermanos a que excita por sus incalificables abusos el régimen actual; segundo, poner a la noble Armada y al glorioso Ejército Nacional en el lugar de prestigio y decoro que para ellos ambicionamos los que tenemos la honra de pertenecer a esos cuerpos; que no vuelva a verse la indeleble mancha de ver luciendo las más altas insignias jerárquicas a bandidos arrancados del cadalso.

Paz a la Nación, honor al Ejército y Armada, por esos ideales lucharé con las armas en la mano y con la justicia como norma. No vengo a destruir, vengo sólo a reparar tantos y tantos daños como han ocasionado y siguen causando a la República los hombres que, con el engaño de promesas utópicas han burlado cruelmente al pueblo que cegado los siguió en la revolución de 1910.

Veracruzanos:

En esta hermosa tierra, cuna de las leyes de reforma, tres veces heroica ciudad, donde vió la luz primera la compañe-

ra de mi vida, (1) he querido iniciar el movimiento, sabiendo que al amparo de los pechos, todos lealtad y valor que nos enaltecen, llegaré al fin que todos anhelamos.

En las pocas horas transcurridas, hemos podido quedar mutuamente satisfechos, pues si de vosotros he estado y sigo recibiendo muestras de adhesión y de cariño, por mi parte tengo la satisfacción de que no he atropellado ningún derecho, he respetado y haré que se respeten todas las disposiciones legales que norman la vida social y, sobre todo, tengo el inmenso orgullo de poder decir que no ha costado una sola gota de sangre la ocupación del primer puerto de la República.

Prestadme vuestra ayuda, apelo a la buena voluntad de todos los verdaderos patriotas, y, así unidos, procuraremos con nuestra conducta hacer ver a propios y extraños, que nuestras aspiraciones son justas y que los medios serán, hasta el último extremo, la persuasión y la justicia; logrando el triunfo, será un timbre más de gloria para esta ciudad el que en ella se haya iniciado el movimiento.

Recibid con mi agradecimiento la más alta muestra de cariño de mi corazón.

FELIX DIAZ.

* * *

Por más que de un momento a otro era esperada la explosión de este nuevo movimiento armado, pues para nadie en la metrópoli era un secreto que entre conspicuas personalidades del ejército y de la política se tramaba un complot para derrocar el gobierno del señor Madero, la noticia de que tal movimiento había, por fin, estallado en la capital del Estado de Veracruz, que, desde luego y sin efusión de sangre había quedado en poder de los nuevos revolucionarios, encabezados por el brigadier don Félix Díaz, la noticia, decimos, causó una gran sensación en todos los círculos sociales; ocupó por completo la atención pública, fué

(1) La señora doña Isabel Alcolea de Díaz, originaria de Veracruz y descendiente de una de las más honorables familias de aquel puerto

el tema obligado de todas las conversaciones y objeto de muy diversos y acalorados comentarios, y en un momento cundió con la velocidad del rayo, por todo el país, despertando en todos los hombres del nuevo régimen las mismas inquietudes, y en la mayor parte de los mexicanos, cansados ya de la cruenta lucha intestina en que se agotaba la nación, las mismas halagüeñas esperanzas de tranquilidad y de paz.

Optimista siempre el señor Madero, pero con un optimismo tonto que rayaba en obcecación no quiso concederle la menor importancia al nuevo pronunciamiento, por lo menos al externar sus opiniones en público en tal sentido. La noticia de la toma de Veracruz por las huestes felicistas no vino a borrar por un instante siquiera la eterna sonrisa de íntima satisfacción y de confianza en sí mismo, estereotipada en su rostro; y a fin de que se vea cómo este mandatario no vacilaba en hablar a humo de pajas, comprometiéndose siempre la majestad de su elevado cargo, transcribimos aquí sus enfáticas declaraciones, hechas a la prensa pocas horas después de haberse sabido en México la caída de Veracruz en poder del general Díaz, y, por ende, cuando era verdaderamente imposible que nadie, ni aún las mismas autoridades del puerto, se hubieran dado cuenta exacta de la situación.

«Es cierto—decía el señor Madero—que el brigadier Félix Díaz se ha pronunciado en Veracruz con poco más de cien hombres, acompañado de un pariente suyo, el coronel Díaz Ordaz, que mandaba el 21º batallón que defeccionó. Sus primeras operaciones fueron intimar a las tropas del 19º batallón que guarnecía el fuerte, y como no lograron que los jefes de este cuerpo secundaran su movimiento, los hicieron prisioneros, dejando libres a los soldados, a quienes es muy posible que hayan recogido después para engrosar sus filas.

Así y todo, sólo cuentan con cerca de setecientas plazas que formaban los citados batallones, más los hombres que había podido reunir el brigadier Díaz. El total no puede llegar a mil hombres, que tendrán que ser copados y rendirse dentro de pocos días.

La armada es leal al gobierno, y aunque dos de los capitanes de fragata fueron presos por los revolucionarios, el jefe Azueta nombró desde luego a los segundos para que

comandaran los buques, que están a la disposición de nosotros.

El jefe accidental de la plaza, general Hernández, fué también declarado preso, pero luego logró fugarse y está ya en San Juan de Ulúa con la guarnición de ese Fuerte, listo para el próximo ataque a los sublevados.

Ya ven ustedes, agregó, que el movimiento en la ciudad de Veracruz, no tiene la importancia que ha querido dársele, ni mucho menos. Al amanecer de mañana habrá ya al alrededor de mil quinientos hombres, que rodearán la ciudad de Veracruz, y luego se juntarán en los mismos sitios hasta cinco mil hombres, que están moviéndose ya de distintas direcciones, para converger en el puerto. Por esto digo, que antes de ocho días estaremos de nuevo en posesión de esa ciudad, y Félix Díaz correrá la misma suerte que el general Reyes.

Repito, pues, que no tiene importancia esto, y en prueba de que así lo creo, luego que llegó a mis manos la proclama de los sublevados, he ordenado que la repartan a la prensa para que la publiquen, y así pueda el público conocer lo poco o nada que el brigadier Díaz ofrece a la nación. ¡La paz por medio de la justicia!...» [1]

Con este mismo motivo y coincidiendo en optimismos con las anteriores declaraciones del señor Madero, el señor licenciado don Jesús Flores Magón, Secretario del despacho de Gobernación, en aquella época, declaró en la siguiente forma sobre los acontecimientos que relatamos:

«El levantamiento de Félix Díaz es solamente una locura. Díaz, envanecido por sus antecedentes de familia, ha pretendido convertirse en héroe, cuando no es más que un insensato que debía haber respetado los galones que inmediatamente recibiera, sólo por pasear su espada virgen en las calles de esta capital. Afortunadamente la opinión pública está en favor del gobierno, y ha condenado con toda energía este movimiento rebelde, que pronto será sofocado...»

Y más tarde, transmitía telegráficamente a todos los gobernadores de los Estados:

(1) Como se vé, nada significaba la paz del país para el señor Madero, quien, por otra parte, ratificaba su profesión de fe política: ofrecer mucho, mucho... para no cumplir nada!

«Comunico a usted que hoy en la madrugada, el general Félix Díaz se levantó en armas en Veracruz, y aun cuando corrieron muchos rumores alarmantes, deseo poner en conocimiento de usted, que solamente una parte de la guarnición de Veracruz está del lado de Félix Díaz, y permanecen fieles los soldados del 19º batallón, que está allí, pues solamente se pusieron al lado de Félix Díaz los del 21º, con excepción de algunos jefes que no quisieron correr la aventura de ese general. También permanece fiel el personal de los buques de guerra, surtos en el puerto, y que están a las órdenes del comodoro Azueta, quien está dirigiendo las operaciones de bombardeo al cuartel en donde se hallan los sublevados.

Para hoy en la noche habrá más de mil quinientos hombres en diversos puntos, que van a atacar a los sublevados, y también se está proveyendo de suficiente artillería para un caso necesario.

El espíritu público es contrario a esa funesta aventura del general Díaz, a quien titula de traidor, y los jefes y oficiales del ejército se encuentran indignados por la actitud de dicho general. La opinión pública es de tal manera contraria al levantamiento de Félix Díaz, que en la misma Cámara de Diputados, la llamada «extrema izquierda liberal», que ha sido opositorista al gobierno, reprueba enérgicamente la actitud de Félix Díaz. El gobierno ha tenido muestras de simpatía por todas partes y se espera que en muy pocos días estén aniquilados los rebeldes, a quienes se tratará con toda la energía necesaria.»

Prescindiendo de comentar las intemperancias de lenguaje usadas por el señor Flores Magón en estas declaraciones, e impropias, ciertamente, en una persona de su ilustración y de su rango; éstas, aun el caso de que hubieran sido sinceras, estaban muy lejos de la realidad de las cosas.

El levantamiento del general Díaz obedecía a un plan perfectamente madurado y que aseguraba el éxito más completo. Contaba con excelentes elementos pecuniarios; en su torno estaban agrupados no pocos elementos militares de alta graduación, de prestigio bien adquirido y de grandes simpatías en el ejército, así como prominentes hombres pertenecientes a la política, a la banca y al comercio. Dado el profundo desprestigio y la completa impopularidad del gobierno maderista, había la creencia, mejor di-

cho, la seguridad de que la opinión pública apoyaría, como en efecto apoyó, aquel levantamiento, a pesar de las declaraciones en contra del señor Flores Magón, y sólo incomprensibles desaciertos del brigadier Díaz, cometidos con posterioridad a su apoderamiento de la plaza de Veracruz, pudo haber hecho fracasar el triunfo de aquel levantamiento que estaba llamado, por su magnífica organización, a derrocar al desorientado gobierno del señor Madero.

Veamos como se desarrollaron aquellos interesantes acontecimientos que dieron cima a la obra revolucionaria, que tres meses y días después, habían de repetirse en la capital de la República, y determinar la caída inevitable de una perniciosa administración, que contra todas sus promesas, había hecho del abuso y de la deslealtad, un oprobioso sistema del gobierno.

*
* *

El 16 de octubre de 1912, la vía Galveston comunicaba a la capital de la República, que en la madrugada de aquella fecha, el general brigadier Félix Díaz se había apoderado de la plaza de Veracruz, sin haber disparado un solo tiro, y desconociendo al gobierno de don Francisco I. Madero.

La noticia, como antes hemos dicho, causó una profundísima sensación en todos los círculos sociales, pronto se hizo el completo dominio público, sobre ella se bordaron las hipótesis más absurdas que imaginarse puedan, y a la mañana siguiente, los diarios todos de la metrópoli, eran ávidamente arrebatados de las manos de los papeleros, por un público ansioso de conocer los detalles de aquél suceso extraordinario.

He aquí como había sido realizado, el golpe audaz que dejaba el primer puerto de la República en poder del nuevo revolucionario: suceso aquel al que, desde luego, se le concedió una significación seria y de muy graves consecuencias para el gobierno del maderismo, cuya debilidad y desorganización, iban siendo más ostensibles cada día.

En las primeras horas de la mañana, de la fecha indicada, —16 de octubre de 1912— el coronel don José Díaz Ordaz, jefe del 21º batallón, cuya matriz se hallaba de guarnición

en Orizaba y el resto de su fuerza en Veracruz, llegaba a este puerto al frente de sus hombres, declarándose desde luego en rebelión contra el gobierno de Madero y proclamando jefe del movimiento al brigadier Félix Díaz, quien de acuerdo con el citado Díaz Ordaz, empezó a tomar las medidas conducentes al aseguramiento de la plaza.

La toma de Veracruz, según todas las circunstancias de que estuvo revestida, se hizo por sorpresa, pero es verdaderamente sospechoso que ni las autoridades civiles del puerto, ni las militares, hubieran tomado nunca, como era de su deber, ninguna medida preventiva que tuviera por objeto frustrar cualquier intento revolucionario del general Díaz, y esta sospecha toma mayor consistencia si se toma en cuenta que tanto la misteriosa desaparición del puerto, del señor Díaz, efectuada pocos días antes, (1) como la estricta vigilancia de que era constantemente objeto por parte de numerosos agentes de la policía reservada, enviados de México, y otras mil circunstancias, evidenciaban los planes revolucionarios contra el gobierno constituido, que el expresado militar tramaba. Y de aquel abandono incomprensible de las autoridades del puerto, dependió, sin duda alguna, que la caída de la ciudad en poder de los revolucionarios felicistas, hubiera sido para éstos cosa enteramente fácil; que se llevara a cabo en un tiempo brevísimo y que no costara el derramamiento de una sola gota siquiera de sangre.

La primera providencia de los jefes Díaz y Díaz Ordaz, quienes desde luego se vieron secundados en sus movimientos por la policía municipal, tanto de a pié, como montada, y después de unirse con el resto de las fuerzas del 21º, que, como antes dijimos, se hallaba de guarnición en el puerto,

(1) El general Félix Díaz, durante su permanencia en Veracruz y viéndose objeto de una tenaz vigilancia de parte de numerosos agentes de policía reservada de México, estableció por costumbre subir todas las mañanas de paseo, acompañado de sus pequeños hijos, en un auto. Algunos días después, la forma de los paseos varió. Salían solamente los niños Díaz, hijos del brigadier, tripulando el auto, y poco tiempo después don Félix marchaba a pié exhibiéndose por la ciudad. El intervalo entre la salida del automóvil con la familia y la salida del brigadier a pié, fue haciéndose cada día más prolongado, hasta que los policías que lo vigilaban se habituaban y cobraron confianza.

Un día, como de costumbre, los policías vieron salir el automóvil con los hijos del brigadier, y esperaron pacientemente que éste saliera, pero la espera fué en vano, pues el brigadier había salido escondido en la caja del automóvil, marchando éste a gran velocidad hasta un lugar determinado de la playa en donde ya esperaba una lancha de vapor en la que se embarcó. La policía había quedado burlada.

fué dirigirse al cuartel del 19º batallón, cuya fuerza se rindió sin hacer la menor resistencia, uniéndose una parte de ella, con las fuerzas del 21º, y quedando desarmada la otra y hechos prisioneros los pocos oficiales que se negaron a secundar el movimiento.

En posesión de este efectivo de guerra, que ascendía a cerca de mil hombres, cuyo mando quedó confiado al coronel Díaz Ordaz, se tomó la medida de aprehender al general don José María Hernández, jefe de la fortaleza de Ulúa y jefe interino de las armas, en aquella fecha, por ausencia del comandante militar, general Joaquín Beltrán, quedando, de hecho, la plaza, desde aquel momento, en poder de la nueva asonada.

Dos horas después, cuando el vecindario, sin más alarma que la producida por la gritería de las fuerzas sublevadas que habían recorrido las calles del puerto lanzando mueras al mal gobierno y a Madero y vivas al general Félix Díaz, se levantaba encontrándose con la novedad de que la plaza se hallaba en poder de este militar, se procedió a la aprehensión del jefe político, quien fué substituído en su puesto por el señor Félix Leycegui, comerciante que desempeñaba el cargo de Presidente Municipal, y se depuso al administrador de la Aduana, señor Mariano Azcárraga, y al jefe de la oficina telegráfica, don Felipe Román, quienes fueron substituídos, por empleados subalternos.

El general Díaz ajustaba todos sus actos a la más estricta honradez; exigió que ante un Notario público le fueran entregados los fondos de la aduana, que ascendían a cuatro millones de pesos, y éstos fueron depositados en la Sucursal del Banco Nacional, y remitidos a la ciudad de México, con las seguridades debidas. El coronel Díaz Ordaz, ordenó que los establecimientos bancarios cerraran sus puertas en previsión de cualquier atropello y la misma precaución tomaron las principales casas de comercio, pero éstas, por la tarde, y convencidas de que el general Díaz daba toda clase de garantías a personas y propiedades, volvieron a abrir sus puertas, y la ciudad recobró en pocas horas su acostumbrada actividad, aunque en medio de la excitación y de la inquietud que naturalmente dejaban en el ánimo público los sensacionales acontecimientos que acababan de desarrollarse.

Tal fué, sin entrar en profusión de detalles, de más o menos importancia, la caída en poder del brigadier don Félix Díaz, del puerto más importante de la República; caída que, incuestionablemente, significaba para el endeble gobierno del señor Madero un nuevo y terrible golpe, que venía de improviso a hacer más improbable su consolidación y su crédito.

En la primera edición de esta obra, hecha con el nombre de «La Revolución Mexicana,» e inspirados en informaciones felicistas que no tuvimos tiempo de comprobar, sentamos que: «aún cuando a primera vista los pocos incidentes que intervinieron en la toma de aquella, no abundan, ciertamente en interés, es seguro que aplicando a todos ellos un espíritu de observación, se encuentra que las circunstancias de que estuvieron rodeados aquellos acontecimientos toma, inevitablemente, origen, lo que más tarde se señaló con el nombre de «la traición del general Beltrán».

«Esta terrible conclusión—decimos en nuestra citada primera edición—es perfectamente aceptable en el terreno de la hipótesis en que nos hemos colocado, y trataremos de apoyarla en las siguientes razones: 1a., Está fuera de toda duda que el gobierno del Centro tenía conocimiento de los propósitos revolucionarios del brigadier Félix Díaz, y que a ello obedecía que este militar estuviera constantemente vigilado en Veracruz por numerosos agentes de la policía reservada, enviados de México con ese exclusivo objeto; 2a., Es lógico suponerse que estos agentes, para el exacto cumplimiento de su comisión, estuvieron en contacto directo con las autoridades civiles del puerto, y que, tratándose, como se trataba, de prevenir un movimiento de rebeldía contra el gobierno constituído, no fueran extrañas tampoco las autoridades militares, a los citados propósitos del brigadier de referencia y al espionaje de que éste era objeto; 3.ª No tiene explicaciones satisfactorias el hecho de que en aquellas delicadas circunstancias el Comandante Militar de la plaza, general Joaquín Beltrán, estuviera ausente del lugar de los sucesos; 4.ª Es muy extraño, y más aún sospechoso que, como hemos visto, ni las autori-